

corinthiorum, capítulo 12: *Castigo corpus meum, et in servitute redigo, ne forte cum aliis predicaverim, ipse reprobus efficiar.* É así las buenas obras de las virtudes son necesarias para el paraíso, é no es necesaria alguna sabiduría, mas la fe no abasta sino á obras de virtud, porque la fe es como si no fuese, no habiendo consigo obras de virtudes morales. Así lo pone Jacobo, en la *Canonica*, capítulo 11: *Quid proderit, fratres mei, si fidem quis dicat se habere, opera autem non habeat? Numquid poterit fides salvare eum? Si autem frater et soror nudi sint et indigeant victu cotidiano, dicat autem aliquis ex vobis illis: Ille in pace, calefacimini et saturamini: non dederitis autem eis quæ necessaria sunt corpori, quid proderit? Sic et fides si non habeat opera, mortua est in semetipsa.* Mucho más es esto de la sabiduría; ca si estudiare con buenas obras, es buena, é si no tiene obras, no sólo no es buena, mas áun es vituperada é llamada diabólica, capítulo 11: *Quis sapiens et disciplinatus inter vos? Ostendat ex bona conversatione operationem suam in mansuetudine sapientia. Quod si zelum amarum habetis, et contempiones sint in cordibus vestris, nolite gloriari, et mendaces esse adversus veritatem: non enim sapientia desursum descendens, sed terrena, animalis, diabolica, quæ autem desursum est sapientia, primum quidem pudica est, deinde pacifica, modesta, suadibilis, bonis, consentiens, plena misericordia et fructibus bonis.* Pues las virtudes de la filosofía moral son mucho mejor que todo saber, no sólo que la natural filosofía, mas áun que la trae é que el conocimiento de la ley de Dios; ca de la natural filosofía más cierto es, por cuanto no tiene delante Dios algun loor para el camino del paraíso, mas por el contrario, en mucho estorba á algunos la filosofía natural para el camino de salud; é esto fué en dos maneras, predicando á la fe.

La una fué porque los filósofos naturales, veyendo á los cristianos predicar resurreccion de los muertos general, sabiendo esto contra los principios de la natura filosofía que ellos tenían, no querian reseibir la fe, é escarnecian de los predicadores; así parece, *Prima corinthiorum*, primero capítulo: *Nos predicamus Christum crucifixum: judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.* Quiere decir que los gentiles filósofos tenían por locura cuando les predicaban ser Cristo muerto, é despues haber resuscitado; así facian los filósofos epicúreos á sant Paulo cuando en Atenas predicaba la general resurreccion de los muertos, ca le llamaban sembrador de palabras, *Actuum*, diez y siete capítulo: *Quidam autem stoyci et epicurei philosophi disserebant cum Paulo et quidam dicebant: Quid vult seminator hic verborum dicere? Alii verò dicebant: Novorum demoniorum annunciator esse, videtur quia*

Jesum et resurrectionem annuntiabat eis. É despues dice: *Cum audissent autem resurrectionem mortuorum, quidam irridebant.*

La segunda manera fué que algunos, no sólo no querian crear, pensando ser la predicacion de la fe natural filosofía, mas áun por razones de filosofía subvertian á los creyentes en Cristo, é tornándolos á descreer. É esto acaescia mucho, especialmente en Grecia, onde eran muchos filósofos é subvertian, é así prima á los corintios, á los cuales predicaba Paulo la fe, é despues algunos filósofos naturales, en su ausencia, los pervertieron, segun dice Hierónimo, en el prólogo de la epístola primera de los corintios, que comienza *corinthii*, é dice: *Corinthii sunt acayci; hi à Paulo audierunt verbum veritatis et subversi sunt multipharie à falsis apostolis, quidam à philosophia verbosa eloquentia.* É por ende Paulo en comienzo de aquella epístola fabla contra esta sabiduría natural, diciendo que los sabios de ella erraron, é fizo Dios que no abastase esta sabiduría para entender la verdad de la salud: *Prima corinthiorum*, capítulo 1: *Misit me Christus evangelizare, non in sapientia verbi, ut non evacuetur crux Christi,* etc. Y por eso, veyendo el Apóstol que los filósofos naturales mucho estorbaron la fe, subvertiendo á muchos de los creyentes, ántes que supiese que estaban las gentes convertidas, enviábalas á avisar que se guardasen de los filósofos naturales que no los engañasen con razones vanas y engañosas, tomadas de los elementos de este mundo; así lo escribió por la iglesia de Grecia y áun por las de Oriente, y así adonde eran los colocenses y diocenses. É así parece que la filosofía natural delante de Dios es de poco loor, y aprovecha poco ó ninguna cosa para merecer el paraíso, mas ántes estorba á muchos la natural; y no es así de la moral, cuyas obras aprovechan para la salvacion y son necesarias, en tanto que sin ellas no nos podemos salvar, y ella nunca estorbó á la ley de Cristo, ni se podia tomar de ella algun argumento contra la fe ó ley de Cristo, que cuanto la ley de Cristo es toda limpia sin manilla. É así mandó todos los actos de virtud, como la justicia legal, que es virtud general, de la cual fabla Aristóteles, libro *Ethicorum*, pues concuerda la ley de Cristo con la filosofía moral, de lo cual parece la respuesta á esta postrimera cuestion, que la filosofía moral es más fructuosa que la natural, en cuanto más aprovecha para la felicidad, á la cual nos enderescamos nuestros actos todos. Empero es la materia atal, que aunque se extendieran las palabras, habia que examinar en ellas. Sea loor á Aquel que da entendimiento para declarar las cosas oscuras. Y si alguna cosa buena fuere dicha, si en algo pareciere defecto ó error, el lector perdone, corrigiéndolo con caridad, la cual á todas las buenas cosas mueve.

FRAY ANTONIO DE GUEVARA,

OBISPO DE MONDOÑEDO.

JUICIOS CRÍTICOS Y CITAS NOTABLES.

I. — DEL LICENCIADO VASCO DE QUIROGA.

(Memorial á Carlos V.—Méjico, 24 de Julio de 1533.—MS., Biblioteca Nacional, T, 190.)

La desenfrenada codicia de los que acá pasan (á América) lo causa que por captivar para echar en las minas á estos miserables... á los ya pacíficos y asentados los levantan... y los han de hacer levantadizos, aunque no quieran ni les pase por pensamiento, inventando que se quieren rebelar ó haciéndoles obras para ello, y para que las piedras no las puedan sufrir... Las lástimas y buenas razones que dijo (un indio) y propuso, si yo las supiera aquí contar, por ventura holgára vuestra majestad tanto aqui de las oír, y tuviera tanta razon despues de las alabar, como el *razonamiento del villano del Danubio*, que una vez le vi mucho alabar yendo con la córte de camino de Búrgos á Madrid, ántes que se imprimiese, porque en la verdad parecia mucho á él y va cuasi por aquellos términos, y para le decir no habia por ventura ménos causa ni razon.

II — DE GERARDO VOSSIO.

(De historiadores griegos.)

Aquella *Vida de Marco Aurelio Antonino*, que por Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo y consejero de Carlos V, se ha publicado y ha sido trasladada á muchas lenguas, nada tiene de Antonino, y toda es suposicion del mismo Guevara, que torpemente abusa de sus lectores, contra su profesion de hombre veraz, y especialmente de su carácter de obispo. Sin embargo, hay en su libro cosas que no dejan de ser útiles y agradables.

III. — DE BAYLE.

(Diccionario histórico y crítico.)

Antonio de Guevara, predicador y cronista de Carlos V, nació en la provincia de Álava, en España. Fué educado en la córte; pero despues de la muerte de la reina Isabel de Castilla, tomó el hábito de fraile en la órden de San Francisco, y obtuvo cargos muy honrosos. Habiéndose luégo dado á conocer en la córte, fué nombrado predicador de Carlos V, y se dió á estimar muchísimo por su cortesanía, por su elocuencia y por su talento. Debió haberse contentado con la fama que su oratoria le habia adquirido, porque deseando ser autor de libros, se puso en ridiculo entre las personas entendidas. Su estilo ampuloso, figurado, lleno de antítesis, no es el mayor defecto de sus obras. Una falsa idea de la elocuencia, un pésimo gusto le sumieron en tal abismo; pequeña falta en comparacion de las extravagancias con que osó manillar la historia. Violó las leyes más sagradas y fundamentales, en tal manera, que merece toda la indignacion de sus lectores. No me maravillaré bastante al ver la presura con que los extranjeros han traducido en varias lenguas algunas de sus obras.

IV. — EL ABATE DON JUAN ANDRÉS.

(Origen, progresos y estado actual de toda la literatura.)

Para gloria de los españoles, el primer autor de semejantes obras (de elocuencia didascálica) se elevó tanto, que obtuvo el crédito de elocuente sobre todos los de su tiempo de todas las naciones, y se ha adquirido las alabanzas y el estudio de los posteriores. Éste fué el célebre Antonio de Guevara, cuyas obras lograron desde luego tanta fama, que fueron buscadas, no sólo de los españoles, sino también de toda la culta Europa; y hablando particularmente de su *Marco Aurelio*, dice Casaubon (1) que «apenas se encontrará otro libro, fuera de la *Biblia*, que se haya traducido una y muchas veces en tantas lenguas, francesa, italiana, inglesa, alemana, y tal vez en todas las otras de Europa, y que se haya reimpresso tantas veces en tan repetidas ediciones». Y en efecto, el elocuente Guevara, tanto en ésta, como en las otras obras didascálicas, tiene tal pureza y cultura, tanta propiedad y elegancia en las frases y en las palabras, y tanta verdad y peso en las sentencias, que si no tuviese algunas trasposiciones, aunque muy ligeras y en menor número que las usadas generalmente por los mejores italianos de aquella edad; si no conservase aún algunas palabras ahora ya anticuadas, si no gustase á veces de ciertas metáforas y de ciertos consonantes, que no agradan mucho á nuestros oídos, lo propondríamos aún como modelo de elocuencia didascálica; y de cualquier modo, debemos mirarlo como uno de los escritores más elocuentes de aquella edad.

V. — DEL CIUDADANO DESESARTS.

(Biblioteca de un hombre de gusto, tomo vi.—París, año 7.º)

Antonio de Guevara fué el primer orador español que tomó un levantado vuelo. Iguala á los más célebres de sus contemporáneos, y merece servir de modelo. Sus obras se tradujeron inmediatamente en todos los idiomas. Se conservan de él su *Reloj de príncipes*, ó *Vida de Marco Aurelio* y de su mujer *Faustina*, obra fabulosa, en que se hallan algunas útiles moralidades; un tratado del *Menosprecio de la corte*, y otros muchos libros, que no valen la pena de ser leídos hoy día.

VI. — DE DON ANTONIO DE CAPMANY Y DE MONTPALAU.

(Teatro histórico-crítico de la elocuencia española, tomo II.—Madrid, 1786.)

Mostró una facundia tan alta, y tanto esplendor y discreción en el modo de insinuarse en los ánimos, que todos los grandes personajes y cortesanos buscaron su correspondencia epistolar, como lo testifican sus cartas, agudas, sentenciosas y festivas, que en casi todas las lenguas de Europa se han traducido, aunque su estilo no ha merecido la aprobación ni aplauso de los retóricos. Pero bajo de cualquier aspecto que consideremos á este autor, siempre lo hallaremos raro y original, tan inimitable en sus primores como en sus defectos.

En todas sus obras, y principalmente en el *Reloj de príncipes* y en el *Menosprecio de la corte*, resplandecen una vasta y vária lectura, profunda política y cierta filosofía experimental del mundo, de las cortes y de los hombres, que forzosamente adquiriría al lado de Carlos V, en sus viajes por una gran parte de Europa. Bien puede no haber guardado gran fidelidad en los hechos históricos (de que fué argüido en vida por el crítico y docto Pedro de Rhua); pero si no ha guardado en este punto la verdad, tampoco podemos contar, ni ántes ni después de él, escritor que haya dicho más verdades, ni con más sal, donaire y alegre libertad. Si en algo peca, es en haber echado, digámoslo así, demasiada especia, para hacer más sabroso el condimento de sus sentencias, documentos y racionios. Su natural fecundidad y facilidad no le dejaron poner ni freno ni término á su manía de decir de todos los modos posibles una misma cosa. El mismo,

(1) Prólogo al *M. Ant.*, libro XII.

podemos decir, ahogaba sus bellos pensamientos con el peso y follaje de otros ménos hermosos y las más veces superfluos, que hubieran parecido más lindos, más grandes y más eficaces, escritos por una pluma ménos lozana ó más severa. Se encuentra prolijidad y menudencia en sus definiciones, sus alegorías y comparaciones son demasiado difusas, sus antítesis demasiado largos y acompasados, al paso que graciosos. Para decirlo de una vez, hay realmente en sus escritos más retórica que elocuencia; y si hubiese hablado ménos, si hubiese reducido sus escritos á la mitad de su volumen, tal vez en España no tendríamos en su género hombre más elocuente. Sus palabras no son vacías de sentido, ni oscuras, ni impropias, ni afectadas por el gusto del siglo pasado, sino que son muchas, y hacen por lo comun enervado y desigual al estilo, que no carece en muchas partes de elevación, grandeza y energía incomparables.... Tampoco se puede negar al obispo Guevara su donosa naturalidad, su facilidad y su graciosa discreción, con que por cierto juego de palabras (ojalá hubiese jugado ménos!) templa la acrimonia de su condición y disfraza cierta mordacidad filosófica, que se siente gratamente á causa de aquel aire suyo propio de urbana familiaridad, con que todo lo sazona. También truena y relampaguea algunas veces; pero su decir más deleita que mueve, y más convence que persuade.... De esta obra (*Reloj de príncipes*), que es una ficción moral y política, dice Vossio que tiene de cuando en cuando muchas cosas dignas de ser leídas, bastante útiles y no desagradables, principalmente para los grandes señores.... Otra obra suya, con el título de *Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea*, fué impresa en Alcalá de Henares, en 1592, en 8.º En ésta dice el autor que es donde puso más fuerza de doctrina y de elocuencia.

VII. — DE DON MANUEL SILVELA.

Discurso preliminar de la *Biblioteca selecta de literatura española*.—Burdeos, 1819.)

El alaves don Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, si hubiera sabido poner un término á aquella espléndida verbosidad, parto de la riqueza inagotable de su imaginación, puede dudarse, dice uno de nuestros críticos del mismo siglo (Alfonso García Matamoros), si habria podido igualarle en su género de elocuencia ninguno de sus contemporáneos; pero este defecto oscureció en él muchas bellezas, y hubiera podido aplicársele mejor que á Séneca lo que de éste decía Quintiliano.

VIII. — DE H. TAINE.

(La-Fontaine y sus fábulas. Tercera edición.—París, 1861.)

Falta penetrar más en el estudio poético, y ver de cerca al artista en su obra. Cierta día La-Fontaine, que leía todo, «lo del Norte y lo del Mediodía», da con un medianísimo libro, *Los Paralelos históricos*, que Cassandre, el pobre autor hambriento, el traductor de la *Retórica* de Aristóteles, había compilado y puesto en orden, Dios sabe cómo, tomando de aquí y de allí, refiriendo el combate de los Horacios y otras cosas tan nuevas como ésta, y alabándose en el prólogo de un estilo tan impertinente como ramplón. Al fin del libro está una pretensa carta de Marco Aurelio, inventada por Guevara, capellan de Carlos V, en un libro de enseñanzas morales, que se titula *El Reloj del Príncipe*. Cassandre había amplificado y ornado esta carta á su manera. De ésta, así reformada, sacó La-Fontaine su fábula del *Villano del Danubio*.

Vamos á figurárnoslo mientras lee. Quédase admirado completamente del *fiel retrato* por donde comienza la narración.

«Tenía la cara pequeña y morena, grandes labios, ojos hundidos en la cabeza, y más que todo, escondidos bajo las cejas; una gran barba espesa, los cabellos erizados, el estómago y cuello velludos como un oso, la cabeza descubierta, un bastón en la mano, los zapatos de cuero de puerco espin, y por vestido un sayo de piel de cabra, sujeto á la cintura por juncos marinos... Yo lo tomé por una bestia bajo la figura de hombre.»

(Aquí hay muchos detalles: es necesario abreviarlos; pero es una extraña figura: este hombre merece que se le haga hablar; él no hablará como todo el mundo. Ya desde aquí la imaginación trabaja: el poeta comprende que esta voz va á reprender.)

«Preséntase al Senado para quejarse de cierto censor, que atormentaba al país y ejercía toda suerte de tiranías.»

(Muy frío. Sentís acaso que este hombre sufre?)

«No creo que Ciceron haya podido mejor hablar (Ciceron! La más grande insensatez sería hacerle hablar como Ciceron) *contra la avaricia de los romanos.*»

• Señores: Aunque rústico como me veis, yo he venido expresamente del Danubio para salu-
daros (1).»

(Bonito principio. Qué política! Este villano hace su reverencia como un ciudadano de Chaillot.)

«Y como tengo que hablar ante vosotros, pido primeramente á los dioses inmortales la merced de concertar mi lengua de forma, que yo no pueda decir cosa que no sea útil á mi país y no os sirva para bien gobernar la república; pues como por nosotros mismos no somos capaces sino de hacer el mal, sin su ayuda no sabríamos hacer el bien.»

(La idea es verdadera: comienza bien el bárbaro. No hay otro medio de hablar en un tono superior á uno más poderoso, que tomar la proteccion ó el amparo de otro que sea más poderoso que él. Sobre el del Señor de la tierra está el de los reyes del cielo. El oprimido se armará de todo su poder, y hará que se dobleguen los opresores ante la voluntad de estos señores de todo. Falta que el bárbaro sea religioso, que él sienta en su presencia los dioses, y que lleve en el corazón su justicia y su cólera. Mas qué frases tan débiles! ¿Como se comprende que no tenga más energía en su discurso? Por qué piensa en ser útil á los romanos? Por qué este razonamiento simétrico al fin? Dadle, pues, la fiereza, la acritud de la audacia.)

«Nuestro triste destino, queriéndolo así, y los dioses, irritados contra nosotros á causa de nuestras faltas, habiéndonos abandonado, la fortuna os ha sido tan favorable, de suerte que los capitanes de Roma se han hecho dueños de la Germania por medio de las armas.»

(El rústico imita los periodos ciceronianos.)

«Ciertamente, romanos, vuestra gloria es grande por las victorias que habeis conseguido y por haber triunfado de tantas naciones; mayor será vuestra infamia en lo futuro, á causa de las crueldades que habeis ejercido, porque yo os lo digo, por si lo ignorais, que cuando vuestros carros triunfales entran en Roma, y cuando por todas partes se clama: Viva! viva Roma la invencible! los pobres cautivos, atados á estos mismos carros, invocan en su corazón á los dioses y les demandan justicia.»

(Chochez.)

«En cuanto á vuestra avaricia desordenada y á vuestra ambicion, qué modo hay de decírlas! Tanto os habeis mostrado ávidos del bien ajeno é impacientes de mandar, que ni la tierra, por más vasta que ella sea, os satisface, ni la mar, con todos sus abismos. ¡Oh, qué consuelo para los afligidos, no solamente pensar, sino tener por cierto que hay dioses que les harán justicia... En nuestro país y en toda Alemania se tiene por regla constante que el que toma á otro por fuerza alguna cosa, pierde el derecho que tiene á sus propios bienes. Yo espero del cielo, y espero sin dudarle, que algun día este proverbio de Alemania será conocido aquí en Roma por la experiencia, como una verdad.»

(Ilegible. Esto es para hojear, y no para leer.)

«No sé, romanos, si me entendéis; pero á fin de que mejor me entendais, digo que estoy maravillado cómo el hombre que retiene un bien ajeno puede dormir sosegadamente; pues ve que juntamente tiene ofendidos á los dioses, escandalizados á los vecinos, perdidos los amigos, contentos á los adversarios, y perjudicados á los despojados de lo suyo; y en fin hallo que su persona está en peligro, pues el mismo día en que uno me quita mi bien, yo pienso en quitarle la vida.»

Retórica y habladuría pedestre. ¿Es ésta la de un salvaje indignado, desesperado, que amenaza, en nombre de los dioses, con una especie de cólera profética? Decid mejor un abogado con derechos, que informa en estrados á tanto por hora; un *defensor*, como en Racine. Callad, pobre Cassandre, é id á releer vuestra *Retórica* de Aristóteles.)

(1) No es de Guevara tal introduccion, sino de Cassandre. (Nota de A. de C.)

«Porque en fin, no haceis otra cosa que atormentar á los pueblos, y no sois sino grandes ladrones, que quereis hasta el sudor del pobre.»

(Frases de buen gusto, y sobre todo, verosímiles. Siempre recuerdos de colegio.)

Contra la ambicion de Roma.

«Yo os pregunto, romanos, que habeis nacido junto al Tiber, ¿qué teniais que contender con nosotros, para veniros á inquietar junto al Danubio, donde viviamos pacíficamente? Porque, ¿eramos amigos de vuestros enemigos, ó bien nos habiamos declarado contra vosotros?»

(Aquí enumera todos los casos de guerra, y prueba doctamente que ninguno de ellos habia ocurrido: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho y nueve. ¡Nueve casos de guerra enumerados! Esta es la division que enseñan los padres jesuitas en sus aulas de retórica. El escolar! el retórico! Saltemos pronto dos páginas. En fin véase una idea.)

«No imagineis, romanos, que por haberos enseñoreado de Germania, que ha sido por vuestro valor ó por no tener semejantes en la guerra; porque os declaro que no sois ni más osados, ni más fuertes, ni más valerosos que nosotros; pero como teniamos á los dioses ofendidos y con deseo de castigarnos por un juicio que nos es oculto, ordenaron que fueseis nuestros crueles verdugos. Y para hablar con verdad, no fueron las armas de Roma las que os dieron la victoria, sino los pecados de la Germania, y estad ciertos que pagaréis más tarde ó más temprano las crueldades que nos habeis hecho sufrir; y aún podrá llegar el caso de que vosotros, que hoy nos tratais cual esclavos, tengais que reconocernos como señores.»

(Sí, se puede sacar de aquí alguna cosa! Estas desgraciadas gentes aspiran á la venganza y la presienten. Pero nada más que el asunto, jamas las palabras. Pasemos de una vez dos, tres, cuatro, seis páginas. Aquí se entretiene en probar largamente que la sencillez de los germanos aventaja á la civilizacion romana. Hállase, sin embargo, un rasgo verdadero, perdido entre los borrones: «Nosotros vivimos contentos en nuestras propias tierras.» Es necesario conservar este rasgo.)

Contra los malos jueces.

«Vosotros, vosotros imaginais acaso que he dicho todo... pues aún me falta mucho. (Oh Dios!) Porque tengo que hablar de cosas que hacen erizar los cabellos. (Aquí nada hay de peligro, estad con sosiego.) Y no dudo en manifestarlas ante vosotros, puesto que no teneis rubor en hacerlas, y toda falta que es pública merece ser reprendida públicamente. (Pedantesco.) Sabed que vuestros jueces toman públicamente cuanto se les da, y sus manos lo más que ellos pueden; castigan con severidad al pobre y disimulan las faltas del rico; toleran multitud de desórdenes á fin de tener causa para cometer grandes latrocinios, etc. (Letanía vaga. Cómo el Senado debe bostezar! Cuarenta y siete páginas tan elocuentes.)

«Pero, despues de todo, sabeis, romanos, lo que ganais? Miétras que estemos en nuestro país, hemos hecho juramento de no vivir con nuestras mujeres, á fin de no dar al mundo desgraciados, y de matar á nuestros hijos, para no dejarlos en las manos de tiranos tan crueles; porque mejor queremos que mueran con su libertad que verlos penar en la servidumbre. (Hay realidad en esta idea, pero qué estilo! Jamas este bárbaro hará una muerte.) Bueno es que os instruya de algunas pequeñas particularidades (Bonito dicho!), que no son de olvidar, á fin de que conociéndolas, podais corregirlas. Si algun pobre viene á pedir justicia, y no tiene dinero que dar, ni delicados vinos que presentar, ni aceite que prometer, ni púrpura que ofrecer, y que, en una palabra, ni tiene ni trae favor ó renta (compendiosamente, como dice el *defensor*, despues que él ha propuesto su querrela ante el Senado, se le contenta con buenas palabras; etc.). (Ya sé por mi corazón el desenvolvimiento de esta idea. Qué hay en seguida? Cuenta su vida: que varea bellotas en el invierno y que siega en el verano; dejad en semejante ocasion tales detalles de cuartel; vuestro bárbaro es un héroe, un juez, y no un compadre ó un confidente sentado junto al hogar. Bien: aquí se repite y vuelve á sacar á plaza una idea que ya ha usado diez veces. Pero aquí hay un buen rasgo. «Yo he resuelto, como desgraciado, abandonar mi casa y mi dulce compañía.» ¿Por qué? Prosigue. Es el desventurado retórico que juega con la figura prosopopeya.) ¡Oh secretos juicios de los dioses! Si como soy obligado á admirar vuestras obras y todo lo que de vosotros viene, me fuera licito decir cuanto pienso, creo que tendria causas para querrellarme. (Aquí el énfasis llega á la necedad. Es una ampolla que revienta.)

Puesto que ya delante de vosotros he descargado de un peso mi corazón y hecho lo que

deseaba, si he dicho algo en que os haya ofendido, vedme aquí postrado en el pavimento cuán largo soy, hacedme morir.» Permanece en tierra así tendido una hora larga. (Mucho tiempo es éste; esto es grotesco.) Seguidamente fué creado patricio con pensión pública. (Dar dinero á semejante hombre es deshonrarlo.) Además mandamos al villano que nos diese su arenga. (¿La habria hecho componer por el maestro de su pueblo? Adelante; hay que rehacer todo esto.)

Aquí La-Fontaine deja el libro y se va á reflexionar, hasta que al cabo, cierto dia por acaso, hallándose frente á frente del papel, siente en sí el alma de su bárbaro. Toma el retrato trazado por Cassandre. Borra los rasgos que le quitan la majestad: «La cara pequeña y morena;» los pasajes lánguidos, los detalles superfluos. Usa términos expresivos: «La barba sustenta una gran pelambarrera.» Significativas frases latinas (1), «la mirada atravesada,» y entre éstas, una frase alegre: «Este hombre con tal aspecto parecia un oso mal lamido;» porque el fabulista no puede abandonar su tono habitual, y escribe esta introducción enérgica y sencilla: «Su barba sustenta una gran pelambarrera; velludo en toda su persona, semejante á un oso, pero un oso mal lamido; bajo una espesa ceja el ojo está escondido; la mirada atravesada, nariz torcida, grueso labio; lleva un sayo de piel de cabra y cinturón de juncos marinos. Este hombre, con tal aspecto, fué diputado por las ciudades que el Danubio baña. No habia asilo adonde la avaricia de los romanos no penetrase y adonde no tocasen sus manos» (2).

Ya veis cómo de repente, en medio del verso, el acento ha cambiado; cómo la gravedad, cómo la pasión han penetrado por medio de una irrupción súbita; cómo la última imagen, toda corpórea, lleva la emoción á lo profundo del pecho. El bárbaro habla, y el grande é imponente verso sostiene su voz. No saluda como el de Cassandre. Desde el instante primero toma ascendiente sobre los que le escuchan. «El Senado está allí para oírlo.» No amplifica como Cassandre; sus primeras frases dan principio á un argumento firme, que va derecho hasta la amenaza. No se arrastra en la pedestre prosa, como Cassandre; toma á cada paso las audacias de la poesía, y si la palabra solemne y vehemente de la justa indignación comprimida. Este hombre cree en los dioses, y habla como si los sintiese cerca de sí; mejor dicho, en sí mismo, en su corazón.

«Romanos, y vosotros, senadores, sentados para escucharme, ruego ante todo á los dioses que me asistan (3). Plegue á los inmortales, guidores de mi lengua, que nada prospere que deba ser reprendido. Sin su ayuda nada puede entrar en los ánimos, que no sea todo mal y todo injusticia. Dejando de recurrir á ellos, se violan sus leyes. Testigos nosotros, á quienes castiga la romana avaricia. Roma es, por nuestras desdichas, más que por sus hazañas, el instrumento de nuestro suplicio. Temed, romanos, temed que el cielo algún dia no atraiga sobre vosotros los llantos y la miseria; y poniendo en nuestras manos, por un justo desquite, las armas de que se sirve su venganza severa, os convierta su cólera en esclavos nuestros (4).»

(1) *Tostos oculos.*

(2) A pesar de cuanto dice el crítico autor de este juicio, La-Fontaine ha tomado de Guevara las palabras, suprimiendo las que no convenian á su intento y á la brevedad de una fábula. Véanse las de Guevara: «Los labios grandes... sayo de pelos de cabra, la cinta de juncos marinos, la barba larga y espesa, las cejas que le cubrian los ojos, los pechos y el cuello cubierto de vello como un oso.» (Nota de A. de C.)

(3) Este principio recuerda el discurso de Demóstenes contra Esquines: «Antes de todo, atenienses, á los dioses y á las diosas, que os inspiren tanta benevolencia, etc.» Es nota de E. Geruzer á las fábulas de La-Fontaine. París, 1861. (Nota de A. de C.)

(4) Observa Geruzer, en sus *Anotaciones á La-Fontaine*, que monsieur Casimiro Delavigne parece haberse inspirado al fin de la primera *Messeniana*: «Puede ser que el cielo, cansado de castigarnos, secundará nuestro valor, y que otro germánico irá á pedir á los alemanes de otra edad cuenta de la derrota de Varo.»

Por lo demás, y á pesar de lo que dice monsieur H. Taine, hasta aquí La-Fontaine no ha hecho otra cosa que

un extracto en verso del pasaje de Guevara. Véanse las palabras de este: «Padres conscriptos... que en este senado estais juntos, ruego á los inmortales dioses que rijan hoy mi lengua para que diga lo que conviene á mi patria... porque sin la voluntad de los dioses, ni podemos emprender lo bueno ni áun apartarnos de lo malo... Como nosotros teniamos ofendidos á los dioses, ordenaron ellos, en sus secretos juicios, que para castigar á nuestros desordenados vicios fueseis vosotros sus crueles verdugos... Si los dioses no estuvieran á la sazón de por medio... hablando la verdad, no alcanzásteis vosotros la victoria por las armas que llevásteis de Roma, sino por los muchos vicios que habia en Germania... Creo que las crueldades que en nosotros habeis hecho... todo lo habeis de pagar, y podria ser que como ahora nos tratáis como esclavos, algún dia nos reconoceréis por señores.»

Como se ve, La-Fontaine no hizo hasta aquí otra cosa que extraer en verso á Guevara. Los pensamientos todos son de éste.

Ya lo que sigue en la fábula es original de La-Fontaine. (Nota de A. de C.)

IX. — DE SANTIAGO CARLOS BRUNET.

(Manual del librero y del bibliófilo. Quinta edición, tomo II, segunda parte.—París, 1861.)

A esta obra (de Guevara) ha aludido al citar La-Fontaine á Marco Aurelio en la fábula del *Villano del Danubio*, y de ningún modo á los pensamientos de Marco Aurelio. Antes que nuestro fabulista, tres versificadores de poco nombre, Pedro Sorel, Nicolas Clement y un tal Gabriel Fourmennois, habian tratado ya este asunto en verso frances. La obra de este último tiene por título *Arenga descriptiva del libro de oro del emperador Marco Aurelio, de un villano de las riberas del Danubio, llamado Mileno, la cual hizo en Roma y en pleno senado; nuevamente puesta en verso por Gabriel Fourmennois*. Utrech, por Salomon Le Roy, 1701.

El ejemplar por el que Duplessis ha dado á conocer este opúsculo, tan raro como curioso (en el *Boletín de Techenter*, primera serie), ha sido pagado á 48 francos en la venta de este desgraciado bibliófilo. Así lo ha consignado Carlos Nodier, en su *Colección sacada de una pequeña biblioteca*, páginas 167 y siguientes. P. Boastuan ha dedicado muchas páginas de sus *Historias prodigiosas* á la del villano del Danubio, é indudablemente hay una notable semejanza, así en las ideas como en los detalles, entre ciertos pasajes de este prosista y los versos de La-Fontaine; pero Boastuan ha podido beber en la misma fuente que nuestro fabulista, puesto que la traducción del libro de Guevara por D'Herberay, estaba ya impresa en 1555, y las *Historias prodigiosas* no salieron á luz hasta 1560. Bueno es hacer constar esta fecha, porque prueba, contra el parecer del ingenioso autor de la *Colección*, que J. de Marcouville, que también ha hablado del villano del Danubio en su *Recopilación memorable de algunos casos maravillosos*, impresa en París, el año de 1564, no ha sido sino después de Boastuan.....

Primicias del joven Nicolas Clement de Vixelize... al conde de Vaudemont, presentadas el año de 1571 al duque de Lorena. Heidelberg, 1571. Esta colección, poco conocida, encierra varias poesías, dirigidas á personajes eminentes de la Lorena y Alemania, y lo que es más curioso, *La arenga del villano del Danubio*, pasaje imitado de Guevara, y que ha sido por vez segunda puesto en verso por Gabriel Fourmennois, en 1601.